





A  
CONTRALUZ





JIM C. HINES

---

A  
CONTRALUZ

Traducción de Cynthia Leskovec

 *Editorial El Ateneo*

Hines, Jim C.

A contraluz / Jim C. Hines. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :  
El Ateneo, 2016.

512 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Cynthia Leskovec.

ISBN 978-950-02-9877-3

1. Literatura Infantil y Juvenil Estadounidense. I. Leskovec, Cynthia , trad. II.  
Título.

CDD 813.9282

*A contraluz*

Título original: *Unbound*

Copyright © 2014 by Jim C. Hines

Traductora: Cynthia Leskovec

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2016

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneco.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: marzo de 2016

ISBN 978-950-02-9877-3

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en marzo de 2016.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

*Me llamo Bi Wei. Nací en la dinastía Ming, poco antes de la supuesta muerte de Johannes Gensfleisch Gutenberg, el hombre al que hoy en día casi todos conocen como el padre de la imprenta.*

*Conozco a ese hombre no como creador, sino como una poderosa fuerza que mata y destruye. Johannes Gutenberg era un ladrón, un fraude y un asesino.*

*Gutenberg no murió en 1468, como cuenta la historia. Su cuerpo no fue sepultado en Maguncia, en una iglesia franciscana que más tarde fue destruida, de manera que, muy convenientemente, desapareció toda evidencia de su engaño.*

*Johannes Gutenberg, al igual que yo, está vivo. Y no está solo.*

*A fines del siglo xv, Gutenberg fundó una organización conocida como Die Zwelf Portenære. Los centinelas, como se los conoce comúnmente, se dedican a eliminar a todos aquellos que Gutenberg considera posibles amenazas y a mantener la magia en secreto.*

*Mi tía bisabuela me enseñó el arte de la magia. Toqué el poder de las palabras impresas que mis ancestros habían pasado de generación en generación y sumé al trabajo de*

*ellos las fuerzas que yo misma tenía. Serví a mi familia y a mi pueblo, sin lastimar a nadie.*

*Sin embargo, asesinaron a la mayoría de mis amigos y familiares el día que Gutenberg atacó nuestro templo. Mis maestros pelearon para darnos tiempo para escapar, pero mi hermano murió protegiéndome. Hasta el día de hoy, camina conmigo en mis sueños. Sabía que la muerte se acercaba y no pudo esconderme su temor, pero estaba decidido a cumplir con su deber.*

*Gutenberg les ha ocultado muchas cosas. Reescribió la historia, sepultando hechos en forma de mitos y leyendas. Se ha encargado de controlar la magia, de ocultársela a la mayor parte del mundo, y ha cometido atrocidades con el único objetivo de “protegerlos” de la verdad.*

*Y ha fallado.*

*Gutenberg y los centinelas han llevado a este mundo al borde de la destrucción. Han despertado al sǐ guǐ jūn dui, el Ejército de Fantasmas. Son los inagotables muertos, esclavizados por quien devorará este mundo. Cada vez son más y más fuertes, y se están acercando. Esperan como tigres en las sombras, ocultos mientras se arrastran, acercándose cada vez más. Sus garras están listas para atacar.*

*No caben dudas de que se reirán y descartarán mi historia como elucubraciones fantasiosas, porque saben que es imposible que pasen esas cosas en el mundo real.*

*Descendemos de un hombre llamado Bi Sheng, que exploró la magia de los libros siglos antes de que naciera Gutenberg. El grupo Bi Shēng de dú zhě sobrevivió el ataque de Gutenberg a nuestro hogar. Ahora, por fin hemos regresado, y solo queremos que nos dejen en paz. A cambio, les ofrecemos el don de la verdad.*

*De las computadoras de Gutenberg pudimos extraer la ubicación de todos los archivos de los centinelas: bibliotecas secretas escondidas del público, que albergan libros y artefactos mágicos considerados demasiado peligrosos para usar la magia.*

*Investiguen estos archivos con sumo cuidado. Los centinelas se defenderán de las amenazas que perciban. Los engañarán, alterarán sus sentidos y modificarán sus recuerdos. Los he visto hacer todo eso y cosas peores.*

*Nos matarían por contar estas cosas, pero no pueden seguir ocultando la verdad para siempre. Un amigo de su época me dijo recientemente: “No se puede detener la señal”. Pronto descubriremos si tenía razón.*

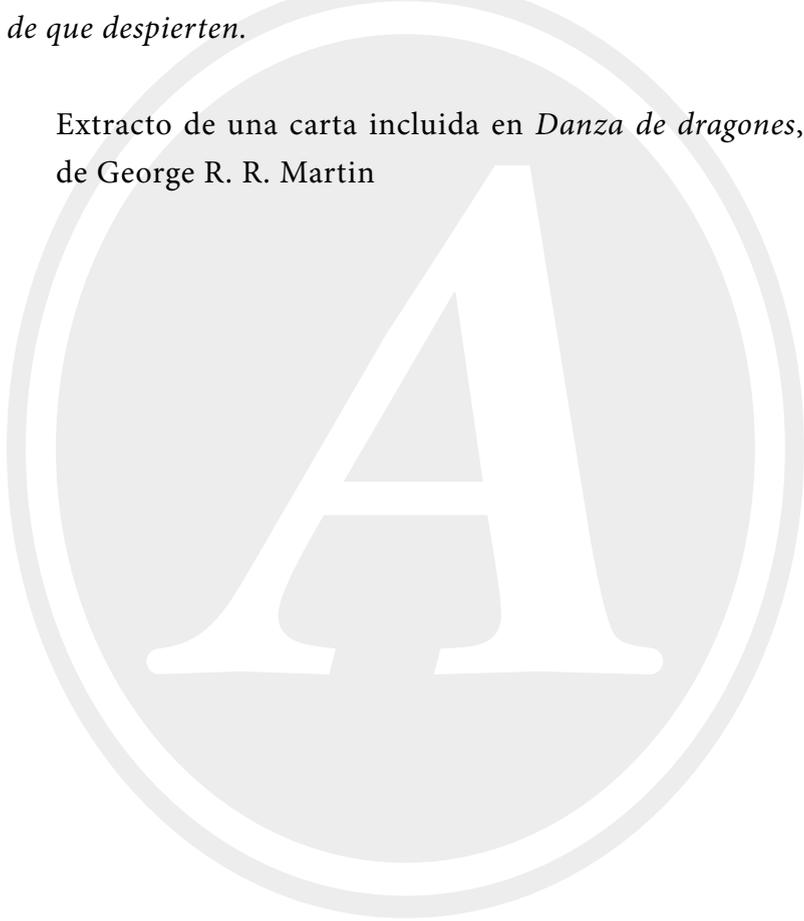
*Gutenberg y los centinelas saben que el Ejército de Fantasmatacecha. ¡Dejen de buscarnos y destruirnos, y abandonen las mentiras de hace siglos! ¡Presten atención al verdadero enemigo!*

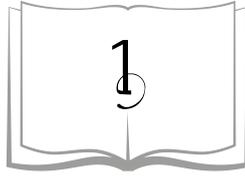
*Al igual que Shen Yuanzhi, que, según cuentan, hibernó durante cien años en el palacio Lanchang para engañar*

*a la muerte, nosotros también evadimos nuestro destino. Estuvimos dormidos durante cinco siglos, atrapados, solos con nuestras pesadillas, y nos despertamos en un mundo que cambió.*

*Es hora de que el resto del mundo haga lo mismo. Es hora de que despierten.*

Extracto de una carta incluida en *Danza de dragones*, de George R. R. Martin





**T**ed Boyer –cazador, pescador, vampiro y un tipo muy molesto– se había ido.

La tierra y la grava crujían bajo mis pies a medida que atravesaba el lote vacío donde una vez había estado su remolque amarillo. Un gran rectángulo de cemento gastado demarcaba el sitio donde se había asentado la antigua vivienda de Boyer.

No quedaban rastros del sótano secreto que había excavado para ocultar su ataúd y almacenar sus reservas de sangre. Adonde fuera que Boyer se hubiese ido, no tenía planeado regresar.

—Empiezan a brotar malezas de la tierra. —Lena Greenwood, de baja estatura, fornida y más fuerte que cinco seres humanos juntos, estaba tan cansada como yo. Se

agachó en el cemento y tocó uno de los ínfimos parches verdes—. Se fue hace por lo menos una semana.

En la época en que yo era agente de campo de los centinelas, me hubiese encantado saber que Ted se había marchado de Marquette y de la Península Superior de Michigan. De esa manera, alguien más tendría la responsabilidad de controlarlo y hacer explotar la bomba que habíamos instalado en su cabeza si los análisis de sangre alguna vez mostraban que había vuelto a alimentarse de niños exploradores.

Pero Ted había vivido siempre en la Península Superior, era terco como una mula y estaba decidido a pasar toda su vida después de la muerte aquí en Marquette.

—¿Crees que se fue por voluntad propia? —me preguntó Lena.

Me encogí de hombros. Ted no tenía muchos amigos y, a lo largo de su vida, había reunido un considerable número de enemigos. Si alguno de ellos hubiese usado como pantalla el caos del mes pasado para ir tras Ted, podía estar muerto para ese entonces. Más muerto, en todo caso. Pero ¿por qué se molestarían en llevarse su remolque y su camioneta? Era más probable que simplemente hubiese querido irse antes de que se destapara todo.

Algunos dirán que el infierno se había desatado un mes antes, cuando Copper River, mi ciudad natal, quedó en medio del fuego cruzado de una batalla mágica tripartita entre los centinelas, el Bì Shēng de dú zhě -un grupo al cual

supuestamente los centinelas habían aniquilado hacía más de quinientos años- y un Ejército de Fantasmas desalmados que peleaban para regresar a este mundo y acabar con... bueno, prácticamente todo.

Al menos treinta y cuatro de mis amigos y vecinos habían muerto en esa batalla. Luego estaban los centinelas y los hombres lobo que habían caído mientras intentaban proteger Copper River en una batalla que prometía ser apenas la precursora de lo que vendría.

—Sigue buscando. —Me agaché junto a una pila de excremento fosilizado de sabueso, oculto a medias bajo la hierba. Me quedé mirando la pila como si las deposiciones hubiesen convertido esa parte del pasto en un campo minado, como si pudiese usarlas para adivinar adónde se había ido Ted, pero lo único que me indicaban era que habíamos llegado demasiado tarde.

Seguí buscando. Había colillas de cigarrillos desparrramadas por el bosque del otro lado de la entrada, donde Ted solía trabajar de noche, despellejando y carneando lo que fuese que hubiese cazado. Encontré algunas latas de cerveza viejas junto a los árboles.

—Isaac... —Lena me escudriñó la cara y luego negó con la cabeza—. Olvídalo.

El odio me tensó la mandíbula. Sabía lo que iba a decir y no quería escucharlo.

El administrador del parque de remolques dijo que a Ted se lo había tragado la tierra. Había dejado un sobre abultado

para pagar lo que debía, pero no contenía tanto dinero; parecía que hubiese querido jugarle una treta al administrador para hacerle creer que las cuentas quedaban saldadas. Eso coincidía más con el estilo de Ted y con su presupuesto.

—Tengo que encontrarlo.

—¿Cómo? ¿Quedándote todo el día mirando excremento de perro? Debe de ser una nueva escuela de magia sobre la que nunca oí hablar... Mi novio, el adorador de excrementos.

En otra ocasión me hubiese reído, pero no podría volver a reír ahora que una niña de catorce años había sido secuestrada por el Ejército de Fantasmas. Una niña que podría ser la libromante más poderosa de la historia, con la posible excepción de Johannes Gutenberg. Una niña que estaba bajo mi cuidado y protección.

Jeneta Aboderin tenía la habilidad de la libromancia a través de medios electrónicos. El resto de nosotros necesitaba libros impresos para usar nuestra magia. Nos metíamos entre las páginas para extraer de ellos cualquier cosa, desde pistolas láser futuristas hasta las bebidas gasificadas energizantes de *Charlie y la fábrica de chocolate*, siempre y cuando tuviésemos un ejemplar físico del libro.

Jeneta podía sacar el broche de sinsajo de *Los juegos del hambre* directamente de su teléfono inteligente y llevaba consigo una biblioteca entera en su lector de libros electrónicos. Nadie entendía bien cómo lo hacía ni conocíamos las limitaciones de su poder.

Luego busqué en la tierra del camino de la entrada. Era la tercera vez que estudiaba las manchas oscuras del aceite que había perdido el viejo Ford Bronco de Ted. Conocía a un centinela que podía haber usado esa mancha no solo para rastrear la camioneta de Ted, sino para detenerlo en seco donde fuera que estuviese. También había libros cuya magia podía ayudarme a encontrarlo... si tan solo hubiese seguido siendo miembro de los centinelas. Pero Johannes Gutenberg había bloqueado mi mente para evitar que volviese a usar la magia.

Cerré los ojos e intenté eludir una ira ya familiar.

—No hay nada aquí —murmuró Lena.

—Ya lo sé. —Respiré hondo y lentamente para tratar de disolver la bola del tamaño de una nuez que sentía en la garganta—. Tendremos que pedirle ayuda a alguien más. Ted no es el único que puede tocar la mente de las personas.

—¿Realmente quieres que ese hombre se meta en tus pesadillas?

—La vi, Lena. —Dos noches antes, me había despertado de un sobresalto. Tenía el cuerpo cubierto de sudor y, con las manos, intentaba alcanzar un poder que ya no poseía. Ese recuerdo me había acechado durante dos días y se burlaba de mí en cada rincón.

—¿A Jeneta?

—A la mujer que se la llevó. —El nombre aparecía volando como una libélula y luego desaparecía antes de que

podiera asirlo—. Sé quién es, pero algo está bloqueando mi memoria. Necesito ayuda. Alguien que me ayude a recordar.

Sobre los ojos de Lena caían mechones de cabello negro. Esos labios apretados dejaban ver la preocupación y la impotencia que sentía junto con un poco de escepticismo. Era una expresión que había llegado a conocer muy bien en el transcurso del último mes.

Tenía puesta una camiseta verde holgada con las mangas y el cuello cortados. Una inscripción con letras amarillas y contundentes que decía “Abrazo árboles” le atravesaba el pecho. Iba armada con un par de espadas curvas de madera -*bokken* japonesas- que colgaban del cinturón que le sujetaba los pantalones cortados.

Sentía calor en la zona de mis caderas. Desde el interior de la jaula metálica que tenía enganchada al cinturón, Smudge miraba la carretera como esperando que una horda de zombis apareciera de la nada en el pavimento y nos devorara. Llamadas rojas apenas visibles se elevaban del lomo de mi araña de fuego. Una capa de fibra de vidrio negro resistente al fuego en el costado de la jaula impedía que me agujereara los pantalones.

Lena se dirigió al otro lado del lote mientras yo regresaba a la frágil seguridad de mi automóvil. Los encantos protectores del Triumph 6 convertible negro eran más fuertes que cualquier cosa que pudiese haber preparado yo mismo, incluso cuando podía hacer magia. Esperé junto a la puerta

del acompañante y busqué cualquier indicio de lo que había activado a Smudge esta vez.

No había zombis, pero sí un hombre que blandía un bate de béisbol. Me llevaba por lo menos trece centímetros y siete kilos, y tenía una mirada torva.

—¿Qué buscan?

Normalmente habría intentado ganarme a este tipo con mi elocuencia, inventando una historia que explicara nuestra presencia sin levantar sospechas. Pero ya no tenía ninguna razón para preocuparme por mantener un perfil bajo y, como decía un compañero de trabajo, mi indicador de “me importa un comino” últimamente estaba estancado en “Vacío”.

—A Ted Boyer. ¿Lo ha visto?

Se apoyó el bate en el hombro y envolvió el mango cubierto de cinta negra con las dos manos.

—Ted dijo que era posible que viniese gente a husmear en sus asuntos para molestarlo.

—¿Sabe dónde podemos encontrarlo? —Lena no había tocado sus armas. No las necesitaría contra un hombre armado con un bate.

—Lo que sé es que será mejor que se vayan de aquí antes de que cuente hasta cinco.

De la guantera saqué un revólver. El hombre abrió bien grandes los ojos.

—¿Sabe adónde fue Ted Boyer? —repetí.

—No dijo nada.

—¿Y Ted le pidió que amenazara a cualquiera que viniese o esa fue idea suya? —Tiré del gatillo sin siquiera esperar una respuesta. Salíó un fogonazo del cañón que le cubrió el cuerpo con un capullo de electricidad. Se desplomó de cara al pasto, y el bate cayó al piso junto a él.

—¡Isaac, ¿qué diablos haces?! —Lena corrió hasta él.

—La pistola había quedado en la primera configuración. —Pestañeeé para eludir la imagen que había quedado de la luz recortada. El ozono me hizo arder las fosas nasales—. Va a estar bien.

Había creado mi arma a partir de una novela llamada *Reyes del tiempo*, antes de que Gutenberg me bloqueara la magia. Aunque a simple vista parecía un revólver común y corriente, el revólver de electrochoque tenía un mecanismo de disparo en dos etapas. Primero disparaba una pequeña bala ionizada y, una fracción de segundo después, el rayo, que podía ser desde un destello de luz deslumbrante hasta una explosión intensa que haría sacudir la Tierra.

—¿Estás seguro? —Lena controlaba el pulso y la respiración del hombre—. ¿Te fijaste que no tuviera un marcapasos antes de electrocutarlo? ¿Revisaste su historia clínica para ver si tenía alguna enfermedad preexistente?

Sentí como si se hubiese metido en mis entrañas y hubiese anudado mis intestinos.

—Se lo veía saludable... —Esa fue una excusa estúpida, y lo sabía—. ¿Está bien?

—Parece que sí, teniendo en cuenta que acabas de dispararle un rayo. —Pasó los dedos por la parte quemada de la camisa—. ¿En qué estabas pensando?

—En que él no sabía nada, y no teníamos tiempo para esto.

—Ah, ¿tienes planes esta noche? ¿Otra noche emocionante escondido en tu oficina con tus libros, aislado del mundo?

Quería disculparme, quería que Lena siguiera discutiendo conmigo y quería que me dejara en paz de una vez. Ya no sabía qué quería, salvo encontrar a Jeneta y enmendar todo lo que había salido mal.

Di la vuelta hasta el asiento del conductor.

—Aquí no hay nada. Vamos.

Como un delincuente en libertad condicional, se suponía que Ted tenía que avisar a los centinelas si se mudaba, pero yo ya no tenía acceso a la base de datos de los centinelas. Era posible que ni se hubiese molestado en hacerlo, confiado en que los centinelas estarían demasiado ocupados con el Ejército de Fantasmas para preocuparse por un vampiro solitario. Si era así, le convenía encontrar rápido en el mercado negro de la magia a alguien que desactivara la bomba que tenía en la cabeza antes de que se dieran cuenta de que había desaparecido.

Abrí la jaula de Smudge para que se posara sobre el tablero del auto. Una placa de piedra protegía el tablero del calor que emanaba. Me miró atentamente, con el cuerpo

agazapado. Para ser una araña negra y roja con cierta afición por incendiar cosas, Smudge era sorprendentemente expresivo. Ya no le preocupaban los desconocidos que llevaban bates de béisbol. Yo era el único que lo ponía ansioso.

La tensión abandonó mi cuerpo, y la culpa y el cansancio reemplazaron el enojo. Agaché la cabeza sobre el volante con un golpe. Debería haberme disculpado por asustar a Smudge, por enojarme con Lena. Por muchas cosas.

—Encontraremos a alguien más. —Lena se sentó junto a mí—. Hay otros vampiros que te deben favores, sin mencionar a los centinelas...

—Los centinelas tienen prohibido hablarme —le recordé—. Tampoco tengo la mejor de las relaciones con los muertos vivos. La última vez que les pedí ayuda, varios de ellos terminaron hechos polvo, incluido uno con una muy poderosa capacidad de hablar con fantasmas.

—Los centinelas también están buscando a Jeneta. —No dijo nada más, pero esas siete palabras tenían el peso de horas de discusiones pasadas.

¿Qué podía hacer un bibliotecario sin poderes mágicos propios que no pudieran hacer los secuaces de Gutenberg? Los centinelas contaban con magia y una red mundial de cientos de libromantes y otros usuarios de magia para encontrar a Jeneta. A lo que yo siempre respondía: “Entonces, ¿por qué no la encontraron todavía?”

Encendí el motor y salí a toda velocidad.

Atravesar Copper River significaba recordar uno tras otro los daños que el Ejército de Fantasma le había hecho a mi hogar. Los centinelas habían reparado gran parte de la destrucción, con la esperanza de enterrar la evidencia de los hombres lobo, los wendigos y la magia. No podían resucitar a los muertos, pero habían vuelto a construir casas y reescrito recuerdos.

A veces deseaba que hubieran reescrito los míos. A la derecha estaba la farmacia, donde habían encontrado el cuerpo de Becky Luthtala detrás del mostrador. A una cuadra, se encontraba la intersección donde Phil Gutzman había muerto cuando su camión se estrelló contra un dragón metálico hecho de equipo de minería animado por la magia.

Cada calle conjuraba recuerdos de insectos de metal, con sus pinzas dentadas que me desgarraban la piel o monstruos de pelaje blanco que golpeaban puertas y ventanas. Recordaba cada uno de los detalles, salvo la identidad del responsable.

Cuando llegué a mi calle, tenía el cuello y los hombros tan tensos como acero. Sentí que conducía por una zona de guerra. Allí fue donde los árboles se habían vuelto contra mis vecinos y habían aplastado techos y arrasado con casas enteras. Una dríada llamada Deifilia, otra sirvienta del Ejército de Fantasma, habría torturado y asesinado a todos en mi cuadra si Lena no la hubiese matado.

A pesar de todo lo que los centinelas habían hecho para borrar el daño, había carteles de “EN VENTA” en al menos cinco patios distintos.

Mi casa estaba intacta. Desde afuera, el revestimiento de aluminio sucio y el techo de metal no mostraban señales de nada inusual.

La historia era otra al poner un pie adentro. Libros, mapas e impresiones desordenadas cubrían la mesa de la cocina. Mi computadora portátil estaba en el centro; una sola luz LED naranja titilaba como cansada. Parecía que la computadora se había emborrachado y había vomitado una copiosa cantidad de papeles y notas adhesivas.

Volví a poner a Smudge en su terrario en el borde de la mesada de la cocina. Eché unos grillos adentro, puse de nuevo la tapa y encendí la lámpara de calor. Corrió a cavar un pequeño nido en la grava de obsidiana en el centro del haz de luz.

Lena sacó un paquete de pastelitos rellenos de crema del refrigerador. Tomaba la mayor parte del alimento a través de su árbol; todo parecía indicar que su dieta humana no tenía ningún efecto sobre su salud o su psiquis, y se aprovechaba descaradamente de eso. De todos modos, por qué prefería que los pastelitos estuviesen congelados era todo un misterio. Abrió el paquete y me ofreció uno.

—No tengo hambre. —Por el rabillo del ojo, vi que parpadeaba una luz roja en la base del teléfono que indicaba que había un mensaje nuevo.

Lena siguió mi mirada y su alegría forzada se desvaneció.

—No tienes que escucharlo ahora.

—Sí.

Los dos sabíamos de quién era el mensaje. Pensé en borrarlo, pero les debía esto al menos. Y mientras más esperaba, más se burlaba de mí esa luz roja. Presioné el botón. La máquina hizo un bip y luego empezó a hablar una mujer con acento británico. Era una voz que había llegado a conocer tanto como la mía.

—Señor Vainio, soy Paige Aboderin, otra vez. Sé que dijo que me llamaría si sabía algo más de Jeneta, pero han pasado semanas desde la última vez que hablamos.

Sobre la mesa, en algún lugar, había una copia del documento que Paige y Mmadukaaku Aboderin habían firmado a principios de este año para autorizar que su hija pasara el verano en el campamento Aazhawigiizhigokwe. Otro formulario autorizaba a Jeneta a trabajar conmigo en una pasantía de verano en la biblioteca de Copper River, una pasantía que implicaba mayormente estar sentada en mi patio practicando magia mientras yo intentaba entender su poder.

—Contratamos a un investigador privado para buscar a Jeneta. Tiene copias de todo lo que usted compartió con nosotros, pero es posible que le haga un llamado de seguimiento.

Jeneta tendría que haber estado a salvo. El campamento Aazhawigiizhigokwe se hallaba suficientemente alejado de Copper River para impedir que luchara, y los centinelas

habían asignado a un agente de campo llamado Myron Worster para vigilarla, por las dudas.

Habían encontrado a Worster un día después, dando vueltas sin rumbo por el aeropuerto de Detroit, sin el mínimo recuerdo de quién era Jeneta o dónde podía estar. Recordaba que había recogido a alguien del campamento, pero los detalles se habían borrado por completo de su mente, y ni siquiera los centinelas más poderosos habían logrado recuperarlos.

—Iré a Michigan a fin de mes —continuó Paige Aboderin—. Creemos... Esperamos que la policía haga algo más para encontrarla si volvemos a verlos en persona.

Habían volado inmediatamente después de la desaparición de Jeneta. Paige se había quedado en Detroit mientras que Mmadukaaku había alquilado una habitación en un hotel aquí en Copper River para poder hablar con todos los que habían visto a Jeneta o habían interactuado con ella antes de su desaparición.

Cada vez que hablaba con ellos, era más difícil mentirles, simular que no tenía idea de qué le había pasado a su hija o intentar reasegurarles que Jeneta estaría bien. Nunca me culparon, aunque yo era la razón por la que Jeneta había regresado a Copper River. Fui el centinela asignado para trabajar con ella, para entender su magia y para enseñarle a controlarla. Fui la razón por la cual el Ejército de Fantasma la encontró. En lo que fuera que se hubiera convertido, lo que fuera que hicieran con su poder...

—Los investigadores creen que Jeneta todavía está en Michigan. Sabemos que no salió de la ciudad en ningún vuelo.

Mentira. Solo sabíamos que el aeropuerto no tenía registro de que hubiese abordado ningún vuelo. Con su magia y el poder de nuestros enemigos, eso no significaba nada. Podía estar en cualquier parte del mundo.

Me obligué a escuchar las palabras lentas y precisas de Paige. Podía imaginarla de pie frente a la clase, dando clases de poesía a los estudiantes avanzados de la universidad.

—Mmadukaaku cree... —Se le quebró la voz—. Dijo que es posible que haya habido un error cuando el coronel identificó los cuerpos en Copper River el mes pasado. Cree que es posible que hayan enterrado a nuestra hija. Mi idea es revisar todos los informes y las fotografías. Esperaba que pudiera ayudarme. Está familiarizado con... con lo que pasó, y Mmadukaaku dijo que, de todos los que conoce, usted es quien más rápido lee.

Se la oía más decidida que nunca a encontrar a su hija, pero la fuerza de sus palabras se había debilitado. No podía ni imaginar lo difícil que era para ella volcar todos los recursos disponibles para tratar de encontrar a su hija, sabiendo que quizá no era suficiente para recuperarla. Admitir que tal vez ya era demasiado tarde para salvarla.

Esta era la primera vez que los escuchaba reconocer la posibilidad de que Jeneta estuviera muerta. Quizá tenían

razón. Pero, si la tenían, no había sucedido durante el ataque a Copper River.

—Por favor, llámenos si sabe algo. —Dejó su número, que ya me había aprendido de memoria semanas antes. El mensaje terminó. La máquina lo guardó automáticamente, junto con el resto.

—No es tu culpa —dijo Lena.

Me senté a la mesa, encendí la computadora portátil y tomé una lista arrugada de todos los vuelos que salieron del aeropuerto de Detroit el día que Jeneta desapareció. La lista estaba cubierta de pequeñas marcas de verificación, junto con anotaciones sobre mis conversaciones con las azafatas, los pilotos y un puñado de pasajeros que había conseguido rastrear.

Había demasiadas posibilidades, en especial si miraba los vuelos de conexión. No tenía forma de saber los planes del Ejército de Fantasma y, sin más información, ningún destino era ni más ni menos probable que el resto. Lo único que tenía era un video de ocho segundos de una cámara de seguridad donde se veía a Jeneta llevarse una rosquilla de canela de la tienda de una cafetería del aeropuerto.

Estudí una de las impresiones: una foto granulada donde se veía a Jeneta tomando la rosquilla. Tenía puesta la misma ropa que llevaba en el campamento, y no parecía cargar equipaje, aunque tal vez este se encontrara fuera del campo visual de la cámara.

Jeneta tenía su teléfono celular en la otra mano. La gente que la rodeaba miraba en distintas direcciones sin ver nada en particular, lo que sugería que ella había usado algo de magia. O que lo que fuera que se la llevó sabía usar magia, lo cual era aún peor.

—¿Hace cuánto que no comes nada? —me preguntó Lena.

Observé un mapa de la aerolínea, intentando ubicar esa cafetería en las terminales de las que salieron vuelos después de tomadas las imágenes.

—Almorcé un sándwich.

—¿Te refieres a este sándwich? —Levantó un plato que había junto al lavabo y hundió un dedo en una triste pila prácticamente íntegra de mortadela, queso y lechuga en pan de centeno—. Voy a pedir una pizza y vas a comer un poco. Fin de la discusión.

Con un suspiro, aparté el mapa y saqué un libro de autohipnosis de otra pila. Lo había sacado de la biblioteca la mañana anterior. Restos de papeles rasgados que hacían de señalizadores improvisados sobresalían del borde superior como pequeñas plumas blancas; cada una señalaba una técnica que quizá podría ayudarme a recuperar la memoria elusiva de mis sueños. Ninguna había funcionado hasta el momento.

Tenía que hackear mi propio cerebro. Sabía que había visto la cara de nuestro enemigo, la persona o cosa detrás del Ejército de Fantasma, pero había borrado esa imagen

de mi mente y solo quedaba un indefinido vestigio lleno de frustración.

¿Se habían ocultado de mí nuestros enemigos o se trataba de un efecto secundario del candado invisible que Gutenberg había puesto en mi mente para evitar que usara la magia? Conocía a una sola persona que había logrado burlar una de las trabas de Gutenberg, y no estaba listo para probar esa técnica...todavía.

—¿Algún ingrediente en especial? —preguntó Lena.

—Cualquier cosa. —Me puse de pie y tomé a Smudge del tanque—. Voy a estar afuera.

Si me quedaba adentro, iba a terminar descargando mis frustraciones con ella. Lo mejor para los dos era que estuviera un rato solo. También habría dejado a Smudge, si no hubiese sido porque su presencia repelía los mosquitos.

Una robleda transformaba el suelo en una maraña arrugada de raíces y tierra. Si los árboles crecían mucho más, las raíces empezarían a debilitar los cimientos de la casa. El roble de Lena se erigía en el centro del círculo, como una reina protegida por un grupo de guardias. Tenía cicatrices a causa de la batalla del mes anterior: ramas rotas, la corteza tallada y trazos ennegrecidos de madera muerta y rajada.

Fue allí que Lena había matado a la dríada que la llamaba hermana. Había apuñalado a Deifilia con su espada y la había clavado en el roble central. Se había quedado con Deifilia mientras agonizaba, mientras el árbol lentamente

envolvía su cuerpo, una recuperación a la vez emocionante y horrorosa.

Y fue allí donde las mentes rabiosas de las cosas pasadas de nuestro mundo se habían aferrado a mis pensamientos, donde había perdido la habilidad de distinguir la ficción de la realidad, donde había visto... algo, a alguien.

Me detuve entre los árboles. La arboleda amortiguaba los sonidos del mundo exterior, aunque nunca supe exactamente cómo o por qué ocurría eso. Las hojas hacían que el cielo virase a un verde oscuro.

¿Qué habían estado haciendo los centinelas el mes pasado? Todos habían desaparecido después de terminar de reparar el pueblo. Ya no recibía el boletín informativo, y los pocos amigos que había intentado contactar me habían dicho que Gutenberg los había amenazado con hechizarlos si hablaban conmigo. Sospeché que había alguien vigilándonos a Lena y a mí, posiblemente desde una de las casas de mi cuadra que estaban vacías, pero más allá de eso no sabía nada.

Dada la carta que Bi Wei escribió al mundo, revelando la existencia de la magia y de los centinelas, probablemente estaban ocupados aumentando la seguridad de sus archivos o transfiriendo los libros a otro lugar. ¿Cuántos centinelas se estaban ocupando de controlar los daños cuando podían estar localizando a Jeneta o buscando maneras de evitar que el resto del Ejército de Fantasmas invadiera nuestro mundo?

Podía entender el razonamiento de Bi Wei. Los centinelas no solo estaban cazando a Jeneta y a los fantasmas. También la buscaban a ella, y a todos los estudiantes de Bi Sheng. Cuanto más hiciera Bi Wei por desviar la energía de los centinelas, más a salvo estarían.

Toqué una cicatriz pálida que atravesaba el costado del roble de Lena. Se descascaró la corteza, y así quedó al descubierto un libro atado con una tela roja. Suavemente tomé el libro del árbol y me senté con la espalda sobre el tronco. Smudge bajó de mi hombro para perseguir una polilla.

Con un suspiro, abrí el libro y empecé a leer. La primera sección del libro estaba en mandarín y se había impreso en xilografía sobre las páginas de papel de arroz hacía siglos. Lena había escrito el resto a mano, con una pluma.

Bi Wei y los estudiantes que lo seguían habían usado libros como este para preservarse luego del ataque de Gutenberg hacía quinientos años. Bi Wei le había dado este a Lena con la esperanza de que también la preservara a ella.

Lena Greenwood era, literalmente, magia traída a la vida, “nacida” de las páginas de una novela fantástica llamada *Las ninfas de Neptuno*. Las ninfas del libro eran apenas un poco más que la concreción del deseo sexual para los adolescentes excesivamente hormonales. Las ninfas fueron escritas moldeando sus personalidades en base a los deseos de sus amantes.

Años después de su creación, Lena se había encontrado con la doctora Nidhi Shah y se había enamorado de ella.

Estuvieron juntas varios años antes de descubrir la verdad sobre los orígenes de Lena. Para ese entonces, Lena se había convertido exactamente en aquello con lo que Nidhi fantaseaba: una superheroína mágica, fuerte, astuta y poderosa.

Pero entonces entró en escena Isaac Vainio, un bibliotecario que usa magia. La relación de Lena conmigo había agregado un elemento de conflicto a su existencia. Por primera vez, no estaba definida solo por un amante, sino por los dos. En medio de nuestros deseos superpuestos, Lena descubrió que podía elegir. Fue lo más cercano que había conocido a la verdadera libertad.

Nidhi y yo nos enfrentamos a los dilemas éticos de nuestra relación. Es posible que Nidhi no hubiese conocido los orígenes de Lena al principio, pero había sido su terapeuta. Había elegido empezar una relación amorosa con una antigua paciente. Si Lena hubiese sido un ser humano, esa opción le habría costado a Nidhi su licencia. Por eso, los centinelas la habían regañado severamente, algo que no me había admitido hasta hacía poco tiempo.

Lena era lo que era. Ni siquiera Gutenberg podía cambiar eso. Sin Nidhi y sin mí, no tendría otra opción más que buscar a alguien más, tal vez alguien que la usase con la misma crueldad con que la usó su primer amante.

Lena dijo que me había perseguido deliberadamente y que me conocía lo suficiente para adivinar mis deseos y dejar que estos la moldearan. Pero la cuestión seguía siendo que estaba atada a nosotros dos y que, cuando muriésemos,

la persona en la que se había convertido moriría con nosotros, subsumida por quien fuese en que se convirtiera a continuación.

Cabía la posibilidad de que este libro de Bi Wei modificara eso. Si funcionaba, lo que Lena había escrito en estas páginas algún día la definiría y le permitiría elegir por sí misma en quién convertirse.

Pero los principios básicos de la libromancia seguían aplicándose. Ningún libro tenía poder alguno si no había un lector. Había leído este libro casi todas las noches el mes anterior, intercambiándolo una y otra vez con Nidhi. No teníamos forma de saber si nuestros esfuerzos servían de algo o si el libro realmente podía cambiar la naturaleza de Lena, pero era la mayor esperanza que Lena había encontrado.

Me froté los ojos e intenté concentrarme. Cada vez que abría un libro, parte de mí esperaba tocar el poder que encerraba el texto, ese poder que esperaba ser usado. Sin embargo, el libro estaba muerto, un cadáver rígido de papel cuya sangre era la tinta seca.

—Esa imagen es demasiado deprimente, incluso para mí —me dije en voz alta. Di vuelta la página y empecé a leer.

Había leído unas cincuenta páginas cuando oí pasos junto a mí. Solté el libro y desenfundé mi arma de electrochoque, aun cuando mi cerebro me indicaba que Smudge me hubiese alertado de cualquier amenaza verdadera.

—Un bibliotecario debería ser más cuidadoso con los libros raros y valiosos. —Nidhi Shah se detuvo pocos metros antes de llegar a la roblea. Tenía puesta una chaqueta negra sobre una camisa azul, con un collar hecho de discos de cobre entrelazados que tenían el tamaño de los dólares de plata. Las botamangas de su pantalón negro rozaban unas zapatillas azules. Seguramente venía directamente del consultorio. No me había dado cuenta de que ahora trabajaba los fines de semana.

Mientras yo levantaba el libro, ella se sentó frente a mí. Podía sentir cómo analizaba mi postura, la tensión en mi cuello y la mandíbula, la forma en que había saltado cuando oí que se acercaba. Nidhi había sido mi psiquiatra por años y, aunque esa relación había cambiado, se mantenían algunos viejos patrones.

—Lena me contó acerca de Ted —me dijo—. Lo siento.

—No puedo culparlo por huir. Muchas personas, e incluso “no personas”, se han escondido a esperar que todo explote. El problema es que no creo que eso pase.

—A Gutenberg le gusta decir que la mayoría de las personas no concibe el concepto del cambio. Nuestra corta perspectiva de vida y la escasa memoria intergeneracional crean la ilusión de estabilidad. —Hizo girar el anillo de plata trenzada que tenía en la mano derecha, un regalo de Lena—. ¿Cuánto tiempo crees que puedes seguir...?

—Detente. —Miré hacia la tierra, luchando por controlar mi ira—. No soy un centinela y tú no eres mi terapeuta.

—Ya lo sé. —Hubo un dejo de dolor y reproche en las palabras que siguieron—. Ya no tengo ningún cliente centinela, ¿recuerdas?

Más de la mitad de los pacientes de Nidhi habían sido seres mágicos, desde un hombre lobo incapacitado con un trastorno de ansiedad hasta libromantes que jugaban a ser Dios con tanta frecuencia que comenzaron a creer en su propia divinidad. Pero, a los ojos de los centinelas, Nidhi era parte de la familia. La amante de mi novia es mi... No sé exactamente cómo la clasificaban, pero la habían echado el mismo día que a mí.

—Si fuese tu terapeuta —continuó—, probablemente estaría hablando acerca de cómo estás haciendo el duelo de la magia que perdiste. O tal vez señalaría que tu insistencia en culparte por lo que le pasó a Leneta sugiere un sentido irrealista de poder, así como un ego excesivamente desarrollado. También te recetaría por lo menos cincuenta miligramos de Zoloft.

Esta no era la primera vez que me decía eso.

—No soy suicida, y si estoy un poco deprimido, diría que tengo una buena razón. Ahora mismo, lo último que necesito son drogas que jueguen con mi cerebro.

—¿No crees que la depresión ya lo ha hecho? —preguntó con amabilidad.

—Si algo jugó con mi cabeza, fue Gutenberg.

—Ah, bien. Entonces estamos de acuerdo en que estás un poco confundido. —Esperó un segundo y suspiró—.

¿Hace cuánto que no te ríes? —Me encogí de hombros—. Lena dice que tienes problemas para dormir, y veo que bajaste de peso. ¿Cómo van las cosas en el trabajo?

—Leí el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. También conozco el criterio de diagnóstico para la depresión —lancé—. Esto es diferente.

—Y yo leí *Anatomía de Gray*, pero no me convierte en cirujana. —Suspiró y se puso de pie para irse—. Oh, casi olvido que vine a decirte algo. Encontré a alguien que podría ayudarte a descubrir esos recuerdos de tus sueños. —Dejé el libro de Lena a un lado, esta vez con mucho cuidado, y me levanté de un salto—. Hace rato que no trabajo con ella, pero estoy al tanto de sus investigaciones. Lo mejor de todo es que está a apenas unas horas de aquí.

—¿De quién hablas? —Cuando no respondió, me crucé de brazos—. Vamos, Nidhi.

—Primero, guarda ese libro y ven a comer. Después te cuento. —Se dirigió a la entrada.

—¿Desde cuándo los terapeutas chantajea? —pregunté. Se dio vuelta e inclinó la cabeza.

—Como bien dijiste, ya no soy tu terapeuta. Te veré en la cena.

*Pekín— Finalmente se revelaron nuevos detalles acerca de lo que pareció ser un robo hace tres semanas en la Biblioteca Nacional de China. Las autoridades confirmaron que seis personas fueron asesinadas y otras trece, hospitalizadas.*

*Los primeros informes describieron a los perpetradores como “inhumanos”. Según dicen, el cabello de uno de ellos parecía una maraña de serpientes vivas, similar a la legendaria Medusa. Su compañero medía cerca de tres metros y medio y era suficientemente fuerte para partir ladrillos con las manos. Algunos testigos oculares aseguraron que una adolescente acompañaba a la pareja.*

*La red social Xīnlàng Wēibó, un microblog chino similar a Twitter, se ha encendido con especulaciones. Las teorías van desde una acción terrorista hasta una misión de la CIA que salió mal. Sin embargo, la biblioteca anuncia que al parecer el objetivo principal de los atacantes fue un centro de restauración de libros exóticos. La mayoría de los libros y los pergaminos almacenados allí tienen cientos de años.*

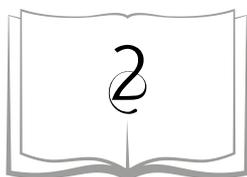
*El sitio web de la biblioteca ofrece una lista parcial de los elementos faltantes, entre ellos obras de importancia religiosa, histórica y mitológica. Un incendio que comenzó en la sección de los libros extraños dañó cientos, tal vez miles, de otras obras. No se sabe si los atacantes iniciaron el fuego de manera deliberada.*

*Hay quienes especulan que este robo y la apariencia sobrenatural de los perpetradores están relacionados de alguna manera con un mensaje que apareció en una popular*

*novela fantástica la semana pasada y que pretende revelar la existencia de una sociedad secreta mágica encabezada por Johannes Gutenberg.*

*La biblioteca está cerrada en forma indefinida por re-facciones. La biblioteca del Congreso de Estados Unidos ha ofrecido enviar un equipo de bibliotecarios especializados en libros exóticos a Pekín para que colaboren en la restauración de las obras.*





—**S**e llama Eufemia Smith —dijo Nidhi—. Es una sirena. Apoyé el borde crocante de la pizza sobre la caja. Dado el estado de la mesa de la cocina, habíamos decidido comer en la barra. Nidhi y yo nos sentamos en unas sillas viejas de plástico mientras que Lena se reclinaba en pared.

Nidhi se había negado a compartir cualquier información sobre su misteriosa pista hasta que yo terminara de comer al menos tres porciones. Miró fijo el borde crocante, y lo metí en mi boca.

—¿Una sirena? —Mastiqué rápido—. ¿Como las que oyó Ulises atado al mástil de su barco, las que cantaban para que los marineros se arrojaran al agua y se ahogaran? ¿Cómo podría ayudarme?

En aquellos días, la mayoría de las criaturas mágicas nacían de los libros, como Lena. La libromancia había dado

origen a cientos de nuevas especies que llegaron a nuestro mundo de las páginas de los libros. En general, los seres inteligentes no podían hacer la transición de la ficción a la realidad –en parte porque no cabían en las páginas–, pero había otros caminos. Lena había sido creada como una bellota que creció y se convirtió en su primer roble. Los vampiros, de los que había una gran variedad para todos los gustos, se desparpararon por el mundo cuando lectores que no sabían que eran libromantes se adentraron en esas historias y fueron mordidos.

Otras especies habían evolucionado naturalmente. O de manera sobrenatural. Había continuos debates entre los centinelas con respecto a si las sirenas y sus primos los tritones fueron resultado de la selección natural o de la manipulación mágica deliberada de hacía miles de años.

Nidhi dio un sorbo al té helado.

—Eufemia y su esposo Carl tenían una clínica de hipnoterapia en Marinette, Wisconsin. Ni la disciplina mental ni las barreras de la magia son a prueba del canto de una sirena, que arrulla a sus clientes para que entren en un trance y los ayuda a enfrentar la raíz de sus problemas. Carl y ella suelen ayudar a las personas a dejar de fumar, bajar de peso y cosas por el estilo. Yo era una de los tres terapeutas centinelas designados para supervisar las primeras quinientas horas de trabajo mientras obtenían su licencia. Nicola quería asegurarse de que estuvieran controlados por centinelas.

Nicola Pallas era la maestra regional de los centinelas del Medio Oeste, responsable de llevar un registro de todo lo mágico que había en gran parte de Estados Unidos y una parte de Canadá.

—Marinette no está tan lejos —acoté—. ¿Por qué no oí hablar de esta sirena?

—Porque Eufemia se esfuerza mucho por mantener un bajo perfil y no llamar la atención. Los centinelas tienen un extenso archivo sobre ella, por supuesto, pero mientras no lastime a nadie ni use su poder, la considerarán inofensiva. Tiene un impedimento del habla que limita los aspectos más peligrosos de su poder. Ya no es suficientemente fuerte para atraer barcos y guiarlos hacia la muerte. Pero ella y su marido tienen una impresionante tasa de éxito. Creo que puede ayudarte a recuperar tus recuerdos fragmentados.

Terminé lo que me quedaba de la bebida.

—Voy a buscar las llaves.

—También deberías buscar tu chequera. —Nidhi no se movió de la silla—. Los Smith no son baratos y no creo que tu seguro cubra esto. Saqué un turno para que los veas mañana a la tarde.

Yo ya estaba en la puerta.

—¿Mañana? Pero...

—Si saliéramos ahora, serían cerca de las once cuando lleguemos —dijo Nidhi—. Estoy segura de que pagarías gustosamente un adicional por una sesión nocturna, pero

tienen entradas para un concierto esta noche. Carl llevará a Eufemia a ver a Big Daddy Kane en Green Bay. Estarán agotados, y Carl me dijo que el canto de su esposa se pone más bien intenso luego de dos horas de rap en vivo.

Por un momento, me pregunté si Eufemia y Nicola alguna vez habían cantado juntas. Nicola practicaba la magia basada en el jazz. Una vez la vi dejar inconsciente a un hombre con un solo acorde cantado por el teléfono celular.

—¿Es peligroso? —preguntó Lena.

Nidhi dudó.

—No debería serlo. Normalmente, Carl se ocupa de la relajación. Recién después se encuentra con Eufemia, y ella hace una grabación especial para que él use en las sesiones de seguimiento. Pero por la naturaleza de la mente de Isaac, las barreras mágicas y psicológicas con que trata, ambos estuvimos de acuerdo en que era necesario que fuese una sesión “en vivo”, con Eufemia presente.

—¿Estás diciendo que no sabes lo que sucederá?

—Lena y yo estaremos ahí vigilando todo.

A mi jefa no le iba a gustar que volviera a reportarme enfermo. Había agotado la mayoría de mis faltas por enfermedad el mes anterior. Jennifer me había llamado el viernes para hablar sobre mi desempeño, que estaba lejos de ser excelente. Debía revisar los horarios para ver si había alguien disponible para cubrirme. A Alex quizá le interesarían unas horas extra. Estaba tratando de ahorrar para comprarse una guitarra eléctrica.

—Los veo mañana. ¿A qué hora nos vamos?

Lena y Nidhi se miraron, y vi pasar páginas enteras de discusiones en silencio entre ellos.

—Pensaba quedarme aquí esta noche —dijo Lena.

—Pero los domingos sueles quedarte con Nidhi. —Dudé y revisé nuevamente mi calendario mental. No sería la primera vez que perdía la noción del tiempo.

—Esta noche no. —Lena hizo un ademán hacia la caja de pizza—. No voy a desperdiciar media pizza de *pepperoni*.

Debería haber estado feliz, pero me enfureció que creyeran que necesitaba una niñera. La culpa inmediatamente siguió al resentimiento. Estaban tratando de ayudar.

Tal vez lo mejor para todos nosotros hubiese sido que me dejaran solo. Dada la naturaleza de Lena, ¿cómo la estaba afectando mi humor de los últimos días? ¿Cuánto la había arrastrado conmigo? Era una razón más por la que ella debía ir con Nidhi esa noche, para alejarse de la negatividad. Tampoco iba a conducir hasta Marinette para buscar a Eufemia yo solo, aparecer en la puerta de su casa a la medianoche y exigirle que buscara las respuestas en mi cerebro.

Probablemente.

Me froté los ojos. Tal vez Nidhi tenía razón sobre el Zoloft.

Echado en el sillón, la computadora portátil me quemaba los muslos mientras hacía búsquedas en internet, con

las repeticiones de *Viaje a las estrellas* de fondo. En línea, los círculos de bibliotecarios hacían correr rumores de especulaciones sobre el ataque a la Biblioteca Nacional de China. Encontré varias teorías, pero ni una sola fotografía de los atacantes.

Una gorgona, un gigante y una adolescente. No se mencionaba la aparición de la muchacha, pero ¿quién más podría haber sido?

En otra circunstancia, me hubiera fascinado la posibilidad de una gorgona viva, una criatura que supuestamente solo existe en los mitos. Me hubiese encantado ver una resonancia magnética de su cabeza. Siempre había sentido curiosidad por el funcionamiento de la cabellera de serpientes. Presuntamente cada serpiente tendría su propio cerebro. ¿Tenían pensamientos independientes o se parecía más a una mente tipo colmena? ¿Las serpientes comían? De ser así, ¿qué pasaba con el alimento que ingerían? O bien los intestinos se conectaban con los de la gorgona o la gorgona necesitaba un champú realmente poderoso.

Cerré las ventanas de los navegadores que tenía abiertos y tomé una lista de mis búsquedas predeterminadas. Tenía más de cien búsquedas automáticas personalizadas, que monitoreaban la red en busca de cualquier tipo de información sobre los centinelas, los estudiantes de Bi Sheng y Jeneta Aboderin.

Encontré dos informes más de personas que hurgaban en los sitios de archivos antiguos de los centinelas, que

trabajaban a partir de la información en la carta de Bi Wei, pero en ambos casos las excavaciones no dieron ningún resultado. Quizá los centinelas habían limpiado el contenido o habían encontrado una manera de engañar a los buscadores para que desestimasen lo encontrado.

Lena se sentó en el sillón junto a mí y observó la pantalla.

—¿Qué estás buscando?

—Cualquier cosa. —Estar exiliado de esa comunidad, excluido de todas las fuentes confiables de información y rumores, era casi tan malo como haber perdido mi magia. Quizá me habían marginado, pero aún quería saber qué estaba pasando en ese mundillo, maldición.

Abrí un informe de Sudáfrica.

—Hace dos semanas, una tormenta eléctrica quemó todos los artefactos electrónicos dentro de un radio de ocho kilómetros a la redonda, cerca de la frontera de Polokwane. Parece un PEM mágico, uno de los trucos que usan los centinelas para evitar que los graben. Pero no tengo idea de qué podrían haber estado haciendo allí.

Confiaba más en lo que le mostré a continuación: un correo electrónico de una de las seis listas relacionadas con la industria editorial a las que estaba suscripto. Abrí el comunicado de prensa adjunto y leí:

—“Rose Hoffman asume como directora ejecutiva de una de las editoriales más prestigiosas del Reino Unido”. No conozco ese nombre, pero la foto me resulta familiar. Estoy

casi seguro de que la conocí hace tres años. Es una investigadora de los centinelas. Quería demostrar la existencia de una resonancia mágica entre las distintas traducciones de un mismo libro. Sus hallazgos sugerían que la resonancia podía ser mínima, pero no fueron concluyentes, y ella no pudo dar con el mecanismo que explicara el fenómeno.

La sonrisa de Lena me hizo dar cuenta de que estaba empezando a irme por las ramas.

—Lo siento. El punto es que es muy probable que sea una de ellos. —Los centinelas siempre habían tenido gente en los centros de gran importancia editorial, pero parecía que estaban haciendo todo lo posible para obtener un mayor control sobre los libros, y la potencial clase de magia, que llegaban a manos de los lectores. ¿Cuántos libros se convertían en *best-sellers* no porque fueran particularmente originales o estuviesen bien escritos sino porque incluían algo que los centinelas querían usar?

Otra carpeta abierta contenía copias de artículos especializados que había descargado como referencia, principalmente sobre el desarrollo de la tecnología de impresión en Asia. La imprenta de Gutenberg y la invención de la libromancia habían dado origen a una nueva era en el mundo de la magia, al menos en Europa, pero China había estado trabajando con la libromancia varios siglos antes de la llegada de Gutenberg. Si lograba revelar más sobre esa historia, posiblemente podría encontrar pistas relacionadas con el lugar adonde Bi Wei y sus compañeros se habían marchado.

Aunque los centinelas se negaran a ayudarme, tal vez ellos accederían.

—Es hora de tomar medidas de emergencia. —Lena dio un salto para ponerse de pie y tomó el control remoto. Un minuto más tarde, los primeros acordes de la banda de sonido de *Babylon 5* de Christopher Frankie hicieron explotar los parlantes del televisor, y me hicieron saltar del susto.

Lena me quitó la computadora de encima, la apoyó sobre la mesa de café y se desplomó junto a mí. Giró, se acomodó de costado, apoyó el cuerpo contra el mío y cruzó las piernas sobre el apoyabrazos del sillón.

La molestia y el asombro lucharon un momento y declararon un empate. Eso solo debería haberme alcanzado para darme cuenta de lo ido que estaba. Si me frustraba que una mujer brillante, divertida y hermosa se reclinara sobre mí, estaba en problemas.

La abracé e intenté relajarme, ignorar la parte de mi cerebro que se negaba a dejar de obsesionarse. Hacía cinco minutos que había empezado el episodio cuando me di cuenta la firmeza con que Lena me sostenía el brazo. Con la otra mano, le aparté unos mechones.

Me tomó de la mano y me besó la palma sin desviar la vista de la pantalla.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Silencio. Está hablando el comandante Ivanova. Espera tu turno.

En la mitad del capítulo, mi mente empezó a divagar. Pero volví en mí cuando Lena apagó la televisión y apoyó el control remoto sobre la mesa.

—Maldición —susurró—. No quería despertarte.

Bostecé. Afuera el cielo estaba negro.

—¿Cuánto tiempo dormí?

—Dos episodios y medio.

Deslicé la mano alrededor de su cintura y sentí la piel suave de su espalda. Incliné la cabeza para besarme el mentón. Luego, otro beso, esta vez en la base del cuello, que callaba una pregunta. Le besé la coronilla a modo de respuesta, pero nada más. Después de eso, ninguno de los dos se movió por un rato largo.

Mentalmente tildé otro elemento de la lista de criterios de diagnóstico para la depresión: anhedonia, una disminución en la capacidad de experimentar placer en la mayoría de las actividades diarias, incluida una falta de interés en el sexo.

Con el tiempo, aumentó su inquietud y me preguntó:

—¿Me acompañas a mi árbol? —Sentí el cosquilleo de su aliento en el cuello.

—Claro.

Afuera, el aire se sentía frío y la noche estaba tranquila, excepto por el susurro de las hojas. Caminamos de la mano hasta su arboleda. Me ponía cada vez más tenso a medida que nos acercábamos. Se me cruzaron por la cabeza destellos de recuerdos de construcciones metálicas y filosas y monstruos de pelaje blanco.

—Aquí estamos solos —comentó Lena.

Se habría dado cuenta si alguien hubiese violado su arboleda. Yo ya sabía eso, pero mi excesivo sentido de cautela no me ayudaba. Esa noche estábamos a salvo. Pero ¿por cuánto tiempo más?

Jeneta sabía de la robleda de Lena, al igual que el Ejército de Fantasmas. Incluso si Lena se mudaba a otro roble, un proceso mucho más complicado que mudarse de apartamento, no era seguro que eso funcionara, porque ya habían encontrado su árbol antes.

Yo había visto cómo una dríada devastaba un área entera. Si se llevaban a Lena y la convertían en otra Deifilia...

—Siento mucho lo que ocurrió con Deifilia —dije de pronto. No me acordaba si lo había dicho alguna vez.

—Gracias. —Se alejó con movimientos tensos. Con una mano, tocó la parte del árbol donde había muerto Deifilia—. A veces la oigo. Son solo susurros y sombras, como si algo de lo que ella era se preservara en la madera, como insectos en el ámbar.

No estaba seguro de cómo reaccionar ante la revelación de que el roble de Lena contenía ecos de una mujer entrenada para matarnos a ambos. Debe de haber notado mi preocupación.

—Son algo más que recuerdos, Isaac.

—Me alegro de que los tengas.

Era lo que correspondía decir. Ella sonrió y me besó.

—Hazme un favor —dijo mientras se alejaba—. No te quedes despierto hasta las tres de la mañana otra vez buscando respuestas que tal vez no existan.

—Siempre hay respuestas —respondí automáticamente.

—Eso no quiere decir que las encontrarás —retrucó—. Ni que valga la pena pagar el costo de esas respuestas. —Me acercó a ella y me dio otro beso, y así puso fin a la discusión de la manera más efectiva y se aseguró de que no me quedaran quejas—. ¿Me lo prometes? —me preguntó cuando nos separamos—. Si no puedes dormir, está bien, pero no leas nada relacionado con fantasmas, Leneta, Gutenberg, Bi Sheng o el inminente fin del mundo.

—Te lo prometo. —Esperé a que entrara en su árbol; la piel se fusionaba con la madera como si la corteza fuese arcilla que se moldeaba alrededor de ella. Cuando desapareció, apoyé una mano en el árbol, pero no sentí a Lena ni el poder de su roble—. Buenas noches, amor.

Tras un breve debate la mañana siguiente, terminamos yendo a Wisconsin en mi camioneta. Ni mi convertible ni la motocicleta de Lena tenían espacio suficiente para tres personas, y la última vez que habíamos usado el auto de Nidhi para hacer algo relacionado con la magia, los wendigos lo habían destrozado. Nidhi seguía lidiando con la compañía de seguros por ese tema.

Condujo Lena, lo cual me dio tiempo para leer. Había cumplido la promesa de la noche anterior: me había sumergido en una vieja novela de Terry Pratchett y finalmente me había quedado dormido cerca de las dos de la mañana. Pero no había hecho ninguna promesa para el día de hoy. Me recliné sobre la puerta del acompañante, con libros y papeles a mis pies, e intenté rastrear cualquier referencia al Ejército de Fantasma a lo largo de los últimos quinientos años.

Nidhi estaba sentada en el asiento trasero y trabajaba en lo que imaginé que serían anotaciones del caso, aunque no estaba muy seguro porque no leía gujaratí. Smudge iba en el tablero y miraba, contento, el paisaje.

Dudo de que alguno de nosotros haya dicho más de doce palabras hasta que llegamos a Marinette. Nidhi nos guió a una casa grande a menos de tres kilómetros del límite entre Michigan y Wisconsin e incluso más cerca de las aguas de Green Bay. En el medio de una entrada circular se elevaban algunos abetos. En un poste en el patio delantero flameaba la bandera de los Estados Unidos.

—Eufemia y Carl trabajan afuera de su casa —explicó Nidhi.

No había nada que la distinguiera de las demás casas extravagantes de la cuadra. La mayoría de las personas que tenían un trabajo diurno relacionado con la magia dependían de las recomendaciones de boca en boca para trabajar porque no era el tipo de rubro para el que se pudiera hacer anuncios.

Parecía que les iba bastante bien. Una pared de ladrillos aparecía luego de un jardín muy bien cuidado, lleno de equináceas púrpuras y margaritas amarillas. A ambos lados de la casa, crecían abetos decorativos delante de una cerca marrón que delimitaba la propiedad privada e impedía ver el patio trasero.

Vi que Lena estudiaba las flores y tomaba notas mentales. La robleda de nuestro patio trasero había destruido su jardín, pero había insinuado que planeaba convertir el parque del frente de mi casa en una selva de flores.

Ventanas grabadas enmarcaban la antepuerta, que tenía un *vitraux* rectangular de un barco navegando. El agua de la imagen, en la que nadaban peces y flotaban plantas de todos los colores imaginables, ocupaba una cantidad desproporcionada del vidrio. El barco parecía apretujado en un área rectangular relativamente pequeña de cielo en la parte superior de la imagen.

Nidhi tocó el timbre. La silueta de una cabeza se asomó por detrás del vidrio azul y luego la puerta se abrió y apareció un hombre de unos cincuenta años en ojotas de goma y un minúsculo traje de baño verde. Tenía el pelo mojado y peinado hacia atrás, y le caía agua por la barriga redonda, creando remolinos esporádicos en el vello grisáceo del pecho. Le sonrió a Nidhi.

—¡Doctora Shah! ¡Hace cuánto que no la veo!

—Poco más de un año. —Nidhi dio un paso al costado—.

Carl, ella es Lena Greenwood y él es Isaac Vainio.

Le estreché la mano y luego me sequé la palma en mis pantalones.

Nos hizo un ademán para que entráramos.

—Eufemia estuvo toda la mañana en la piscina. ¿Cómo estuvo el viaje? ¿Quieren beber algo?

—¿Un refresco de fresa? —Lena estaba mirando fijo a nuestro anfitrión. No tenía nada de modelo publicitario de trajes de baño, pero yo tampoco, para el caso. Lena tenía estándares de belleza más amplios que la mayoría de nosotros.

—Por supuesto. Isaac, si necesitas privacidad, puedes cambiarte en el sauna.

Parpadeé.

—¿Cambiar me qué?

—Para ponerte el traje de baño. —Hizo una pausa—. ¿No te dijo la doctora Shah?

Me crucé de brazos y volteé hacia Nidhi.

—No, la doctora Shah se olvidó de mencionar que podríamos necesitar un traje de baño.

Al parecer, Nidhi no podía decidirse entre disculparse o reír.

—Eufemia no dijo nada...

—No te preocupes —dijo Carl—. Solía usar el talle de Isaac. Creo que puedo encontrar algo que le quede. —Se agachó para pasar por la entrada arqueada.

Apenas estuvo de espaldas, Nidhi movió la boca modulando “lo siento”.

—Si trae un traje de baño pequeño como el suyo...

—Me agrada —anunció Lena, sonriendo alegremente ante mi incomodidad—. Si no encuentra nada que se adapte a tu gusto, tengo la sensación de que no tendrá ningún inconveniente en que te metas desnudo.

Cualquier cosa que respondiera a eso me hundiría más. Así que, en lugar de hablar, me puse a mirar los tres acuarios grandes que bordeaban el pasillo, los filtros y las bombas que emitían un zumbido silencioso. El que estaba más cerca parecía un pedazo extraído de la gran barrera de coral. Otro desbordaba de pececitos de colores. Y el tercero contenía peces de colores neón.

—Vayan afuera —gritó Carl—. Atraviesen el pasillo y luego doblen a la derecha. Iré enseguida.

A la izquierda, había una puerta que guiaba a lo que parecía la oficina de Carl, a juzgar por los certificados y diplomas que colgaban de las paredes. A la derecha, una puerta de vidrio invitaba a un pequeño patio.

Lena se asomó afuera, señaló la piscina y dijo:

—Quiero una.

Grandes árboles y la cerca que resguardaba la privacidad rodeaban algo que parecía más una laguna que una piscina. Había carpas naranjas gigantes que nadaban con pereza por el fondo lleno de algas y una tortuga que tomaba sol sobre un tronco cerca del borde. Flores y plantas, en su mayoría de apariencia tropical, bordeaban la piscina. Identifiqué hibiscos y una especie de palmera atrofiada

junto con unos brotes grandes rojos y amarillos que no reconocí.

—¿Isaac Vainio? —preguntó una mujer en el otro extremo de la piscina, bajo las hojas colgantes de una palmera que proyectaban una sombra que le cubría parte de la cara. Por un instante me pregunté cómo mantenían estas plantas en un clima como el del Medio Oeste, tan distinto del tropical.

—¿Doctora Eufemia Smith? —pregunté.

La manera en que se desplazó por el agua me hizo pensar en una serpiente nadando. No nadaba con los brazos ni las piernas, sino con el cuerpo. Me bastó una mirada para entender lo que había mencionado Nidhi sobre su trastorno del habla. Una cicatriz de dos centímetros y medio le atravesaba el costado izquierdo del cuello, de un rosa vívido en contraste con el bronceado intenso del resto de la piel. La cicatriz se hacía más delgada en el medio y, por su apariencia dentada, pensé en algún tipo de mordida. Dado el ángulo, me sorprendió que la herida no le hubiera costado la vida.

Por su cabello gris y las arrugas en la cara parecía diez años mayor que su esposo, aunque, hasta lo que yo sabía, bien podría tener la edad de Gutenberg. Tenía el pelo grueso y apelmazado, como algas marinas. O plumas. A las sirenas a veces se les atribuían características similares a las aves.

—No soy doctora. —Sus palabras rechinaron y me recordaron a mi abuela en sus últimos días, después de haber fumado toda su vida—. Abandoné la carrera en la mitad del primer semestre.

—Aquí tienes, muchacho. —Carl salió de la casa y me alivió ver que traía unas bermudas hawaianas rojas y blancas que llegaban hasta el muslo. Me señaló el sauna de paredes de madera que se encontraba a una corta distancia.

—Avísame si necesitas ayuda —se ofreció Lena.

El sauna era espacioso y limpio. Parecía de esas estructuras que se compran listas para armar. Los listones de las paredes y los bancos eran demasiado perfectos, demasiado idénticos. La calefacción eléctrica de piedras grises uniformes que cubrían los elementos que generaban calor parecía salida de un catálogo de una tienda de equipamiento para el hogar. Incluso había un pequeño televisor de pantalla plana incrustado en la pared, detrás de una capa de vidrio o plástico que lo protegía del vapor. Mi padre, como el orgulloso finlandés que era, se hubiese negado a dignificarlo con el nombre de “sauna”.

Encendí la calefacción en mínimo y apoyé la jaula de Smudge sobre la rejilla, luego me desvestí y apoyé mi ropa doblada sobre el banco de madera. Debía sentirme entusiasmado, ansioso, ya que estaba a punto de experimentar un tipo de magia que nunca había visto y de la que ni siquiera había oído hablar. Pero, en cambio, solo me sentía impaciente.

Me puse el viejo traje de baño. Me quedaba un poco holgado incluso después de haber ajustado el cordón de la cintura, pero no importaba. Cuando salí, Carl se unió a su esposa en el agua y arrastró un bote inflable amarillo tras de sí.

Lena sonrió al verme.

—Me gusta cómo te queda, pero claramente debemos pasar más tiempo al aire libre. Estás tan pálido que corres el riesgo de que te confundan con un vampiro y te claven una estaca.

Las carpas se alejaron como disparadas apenas me metí en el agua tibia. Las algas hacían que el fondo se sintiese resbaladizo. Me sostuve del borde para no caerme. Carl me tomó del otro brazo y me ayudó a subir al bote.

—Recuéstate y relájate —me dijo—. Eufemia te cantará una canción de cuna, eso es todo. Debes estar agradecido. Son pocos los que tienen el privilegio de oírla cantar en persona últimamente.

—¿Por qué? —pregunté.

—Mi voz ya no es lo que era. —La superficie del agua apenas se onduló cuando Eufemia se sumergió, nadó hasta el bote y emergió a mi izquierda—. Pero el canto crudo de una sirena, incluso de una sirena lisiada, puede ser perturbador.

—¿A qué te refieres con “perturbador”? —preguntó Lena bruscamente.

—Se refiere al anhelo —respondió Carl—. Su canto irrumpe en tu corazón y tus sueños, y saca a relucir tus deseos más profundos. En la Antigüedad, así era como las de su especie atraían a hombres y mujeres. Eufemia canta promesas. La primera vez que la oí, lloré durante una semana entera.

—¿Es peligroso? —pregunté.

—En dieciocho años, nunca perdimos a ningún paciente. Nidhi frunció el ceño.

—Esa no es una respuesta.

—Es la mejor respuesta que puedo darles —respondió Carl con una inusual seriedad—. No les voy a mentir. Habrá efectos secundarios y no serán agradables. Pero si realmente quieres encontrar esas respuestas enterradas en lo profundo de su mente, Eufemia sabe cómo guiarlo hasta allí.

—Hagámoslo. —Apoyé la cabeza en el bote, que se balanceaba suavemente, y cerré los ojos.

—Nidhi me contó del altercado en Copper River. ¿Qué es lo último que te acuerdas de la pelea con esa otra dríada? —Carl habló con voz tranquila pero vehemente. Con los ojos cerrados, me resultaba más fácil tomarlo como un profesional.

—Lena trató de... conectarse con ella. —“Seducirla” hubiera sido un término más adecuado, pero no quería ahondar en eso—. Deifilia se resistió.

—Esto no va a ser divertido, pero necesito que revivas ese día —indicó Carl—. Vuelve a reproducirlo en tu mente y cuéntame qué pasa a continuación.

*Criaturas de metal bajan por el tronco del roble en manada. Son alimañas creadas con magia y tienen patas que repiquetean y dientes brillantes. Algunos saltan sobre Lena y la muerden. Mientras Lena y Deifilia se retan a duelo, se*

oye el choque de armas de madera. Cada impacto parece el disparo de una pistola.

Los estudiantes de Bi Sheng observan con impotencia, atascados en la maraña de raíces de la arboleda recién crecida. Todos excepto dos han sido corrompidos por los fantasmas de Deifilia, los espíritus que Jeneta había llamado “devoradores”. Su magia llega hasta Lena y la desgarran desde adentro.

Lena se desploma y muere mientras observo. Los estudiantes poseídos me hacen pensar en vampiros, cuando le drenan a Lena la magia que la define. Pronto no habrá más que un cadáver disecado.

—Me apoderé del roble. Me refiero al roble de Lena. —Deifilia se había apoderado de él, pero estaba distraída con la pelea, entonces aproveché para actuar.

—¿De veras? ¿Cómo lo hiciste? —Oí que Carl daba un chapuzón y balbuceaba y que Eufemia lo reprendía en silencio. La voz de él recobró la suavidad de antes—. Bueno. Nidhi dijo que te habían lastimado.

—La rodilla. Me la disloqué.

Me late la pierna y, con cada latido, siento cómo bombea dolor al resto de mi cuerpo. Me muevo para intentar liberar la presión. Las raíces me sujetan la pierna y estoy atrapado.

—Concéntrate en las sensaciones de la pelea: el dolor, el ruido, el sudor que te cae por la cara y la espalda. La forma en que percibes que el tiempo transcurre más lento cuando estás asustado.

Mientras recordaba los detalles, Eufemia empezó a cantar. Reconocí que el idioma era griego, pero no entendí qué decía. La primera palabra que me vino a la mente fue “acechar”. Me pareció que así habría sonado el canto de una ballena, al menos si se tratara de una ballena suicida y quien cantara fuera Stevie Nicks.

La tensión abandonó mis músculos. Sentí que se me entibiaba el cuerpo, como si el calor hubiese corrido la sombra a un costado y la luz del sol me hubiese estado quemando los músculos desde adentro hacia afuera. El bote me acunaba. Se mecía suavemente y me hacía sentir como si hubiese estado volando.

—Te sujetaste del roble de Lena —continuó Carl.

*Lena está muriendo. Igual que Bi Wei, la primera estudiante de Bi Sheng que regresó al mundo. El Ejército de Fantasmas está peleando por recuperarla. Son demasiado fuertes. No sé cómo luchar contra ellos.*

*Pero el poder de Deifilia, como el de Lena, viene de los libros. Sé cuál es el libro que les dio vida. Más allá del árbol, busco la magia que circula por él, una capa de texto familiar sobre otra. Busco esa historia.*

*Meto la mano entre las raíces. Utilizó las raíces de Lena para inmovilizar a Deifilia, tal como ella lo había hecho conmigo.*

—Empujé demasiado. —Se me secó la boca. Sentí el dolor punzante en la pierna mientras recordaba lo que percibían mis sentidos al hundirme en las raíces, en las ramas,

incluso en cada una de las hojas. Había manipulado la magia de *Las ninfas de Neptuno* y, al hacerlo, la magia echó raíces en mis pensamientos—. El aire estaba frío.

—¿Oíste voces?

—De los personajes del libro, sí.

*“Ahora soy tuya, John Rule de la Tierra”. Una ninfa se arrodilla en el hielo, con un cabello rubio que le cae por las voluptuosas curvas de su cuerpo como un río dorado. Siento que la excitación recorre mis venas y me olvido del dolor.*

—Estaba alucinando. A veces pasa cuando la libromancia falla. —Temblé ante el recuerdo del escalofrío de las cuevas neptunianas, la sensación del hielo bajo mi cuerpo—. Me dijeron que de este lugar no se regresaba.

—Se equivocaron. —Carl habló como un padre que tranquiliza al hijo que tuvo una pesadilla—. Aquí estás a salvo, Isaac. Pero ahora es cuando el viaje se pone un poco turbulento. Hasta ahora, Eufemia solo estuvo tratando de ayudarte a que te relajaras, guiándote en un trance agradable. Tienes el control y todo lo que suceda a partir de ahora depende de ti. Las respuestas están en tu mente, pero tienes que querer encontrarlas.

—Quiero encontrarlas. —El canto de Eufemia no consiguió suprimir por completo el malestar que sentía.

—¿Qué pasó después, Isaac? Viste a alguien más. No era un personaje del libro. Era alguien real.

Se me tensaron los músculos. Me quedé sin aire. Fue como si me hubiese caído del bote pero, en lugar de hundirme

en el agua cálida de la piscina, me hubiese hundido en un lago congelado. Quedé atrapado en corrientes arremolinadas que me llevaban hacia abajo.

Eufemia empezó a cantar más fuerte. El ritmo tenía una incomodidad sexual; era una melodía erótica que se enganchaba en mis huesos. Los meses que había pasado con Lena me habían enseñado mucho acerca del deseo, pero esto era diferente, más primitivo. Una sola vez había sentido algo así: cuando Lena me demostró lo que conseguía hacer su poder sin ningún tipo de filtro. Era como una inyección de adrenalina directamente en la libido.

Eufemia cantaba sobre misterios, promesas y sueños cumplidos. No podía alejarme de la misma manera en que no podía detener los latidos de mi corazón. La imaginé nadando en mis recuerdos. La seguí, desesperado por alcanzarla, pero no podía acortar la distancia a la que se mantenía.

—¿Qué oyes, Isaac? —presionó Carl.

Tragué saliva.

—Gutenberg estaba ahí.

*Está delante de mí; puedo palpar su ira incluso en este delirio en que estoy inmerso. Está discutiendo con Lena.*

—*Está perdido* —insiste Gutenberg.

—*Nadie lo dañará mientras yo viva. —Las palabras de Lena se mezclan con las del libro.*

—*Incluso si quisiera ayudar al hombre que traicionó a los centinelas, ya es demasiado tarde.*

Sabía lo que sucedería a continuación. El plumín de una pluma estilográfica dorada presionó mi ceja como un escalpelo y me extirpó la magia. Me cayeron lágrimas por las mejillas hasta las orejas y los costados del cuello.

—Por favor, no lo hagas.

Mis palabras sonaron distantes. Hurgué entre mis recuerdos felices. Usar la magia para transportarme a la superficie de la Luna. Hacer el amor con Lena por primera vez. Ver a Smudge jugando en las brasas ardientes de una parrilla, saltando de un lado a otro y echando cenizas al aire con las patas delanteras.

Eufemia empezó a cantar más lentamente y me llevó a ese momento de pérdida. Sus palabras me prometieron todo lo que yo añoraba, toda la felicidad de esos recuerdos y mucho más si tan solo me sumergía un poco más.

—Había otra voz —acotó Carl—. El libro no era lo único que quería meterse en tu cabeza.

El Ejército de Fantasmas. Al luchar contra Deifilia, me había hecho permeable a su ataque. Los fantasmas de Meridiana merodeaban las corrientes de magia, y yo estaba canalizando gran parte de eso.

—No la puedo ver.

—¿La? —repitió—. ¿Es una mujer?

Los recuerdos aparecían y se iban a gran velocidad, con una rapidez y una violencia que no me permitían asirlos. Si intentaba retenerlos, me destrozarían. Era un lugar de muerte, un lugar donde algo había convertido mis

pensamientos en cenizas y echado sal en el suelo para asegurarse de que nunca intentara recordar que ella había querido ahogarme.

—Escucha a Eufemia. No puede leer tus pensamientos, pero su canto te guiará a eso que tanto deseas.

La voz de Eufemia me susurraba desde debajo de las cenizas y me ofrecía conocimiento, magia, amor, todo lo que yo anhelaba. Podría revertir el hechizo de Gutenberg y recuperar mi magia. Podría moverme más allá de los límites de la libromancia, descubrir exactamente cuál era el papel de la magia en el funcionamiento del universo, manipular los engranajes de la Creación.

Lena también estaba ahí, junto con los mejores recuerdos y momentos de mi pasado que atesoraba: la mañana de Navidad, mi madre horneando pastelitos de chocolate, la primera vez que vi *La guerra de las galaxias*, mi aporte para que el equipo de la escuela pasara a la ronda nacional de la competencia de conocimiento general, donde conseguimos el tercer puesto. Todo lo que alguna vez había amado o deseado.

—Concéntrate, Isaac. —Carl se oía a la distancia.

Eso no estaba bien. Habíamos conseguido el segundo lugar en la ronda nacional. Medallas de plata, no de bronce. Sin embargo, en la periferia de mi visión, demarcando mi recuerdo, había bronce. Mi concentración se hacía más específica con cada palabra del canto de Eufemia. Había paredes de piedra que me alejaban de mis propios recuerdos,

pero su música me hacía atravesar las grietas de manera irresistible.

Me oí a mí mismo susurrar:

—¿Quién eres?

—¿Quieres que te muestre, Isaac?

*Algo punzante me sujetó del mentón, me giró la cabeza hacia un costado, luego al otro, como si fuese un caniche ganador en una competencia canina.*

—Tenía puesta una máscara de metal. De bronce, creo.

Las piedras colisionaron, sellaron los recuerdos y me cauterizaron los pensamientos. En respuesta, el canto de Eufemia se hizo más intenso y me llevó más abajo. Eufemia golpeaba la parte externa de mi prisión; atravesaba mis pensamientos con cada palabra. Aparecieron nuevas fisuras y, a través de esas grietas, vi a una mujer que llevaba puesta una armadura de bronce. Era de estatura baja y de una belleza inhumana, aunque no estaba seguro de cómo podía saber eso, ya que la armadura escondía cada centímetro de su piel. Incluso tenía delgadas protecciones de bronce que le cubrían los ojos.

*La mujer de bronce extiende una mano. En sus ojos veo un imperio de muertos. La veo asesinar a la mitad de la humanidad para formar su propio ejército. Jeneta es la clave de su victoria. La libromancia transforma cualquier libro en una potencial arma, y el lector de libros electrónicos de Jeneta contiene todas esas armas en un único dispositivo.*

No podía respirar. Unos dedos fríos envolvieron los míos y me tironearon. Mi corazón parecía un globo a punto de explotar. Se me estrujó el pecho del pánico, como una fiera atrapada. Ya no volaba, sino que caía...

Caí con todas mis fuerzas sobre las cerámicas de piedra, tosiendo y atragantándome. Unas manos fuertes me hicieron rodar sobre uno de mis lados. Vomité agua por la boca y por la nariz.

—No te resistas. —Lena me sostenía mientras yo luchaba por respirar—. Te caíste del bote. Carl dijo que era el último paso del proceso, que cuando subieras, recordarías lo que necesitabas recordar. —Estaba pálida—. No subiste.

Parpadeé. Se nublaron la realidad y el recuerdo. Vi a un fantasma atrapado en bronce; los muertos mutilaban a los vivos. La mayor parte de la humanidad no sabía nada sobre la magia. No estábamos preparados para pelear una guerra tan unilateral. Ella usaría nuestros cadáveres para armar su ejército.

—¡Isaac! —El grito de Lena me devolvió a la realidad. Goteaba agua de su cabello y caía sobre mi pecho. Se me erizó la piel. Me levantó y me abrazó. Apenas podía hacer fuerza con los brazos para devolverle el abrazo. Sentí que acababa de correr una maratón en un planeta donde había el doble de gravedad que en la Tierra.

Eufemia estaba recostada, inconsciente, en el borde de la piscina, a una corta distancia. Carl estaba sentado junto a ella, con los ojos bien abiertos.

—¿Qué pasó? —pregunté con la voz ronca.

—Le pedí que dejara de cantar... —Lena tenía el cuerpo tenso— pero no lo hizo.

—Lo estaba ayudando. —Carl empezó a ponerse de pie, miró a Lena y, aparentemente, lo pensó mejor.

—Dijiste que nunca habías perdido a un paciente. —Nidhi estaba junto a mí. A diferencia de Lena, no elevó la voz ni amenazaba con su lenguaje corporal, pero la intensidad cortante de sus palabras hizo que Carl se retrajera—. Si Lena no hubiese detenido a tu esposa para que Isaac volviera en sí, él estaría muerto.

—No tienes ninguna certeza. —Carl tragó saliva—. Mira, no se trataba de un simple recuerdo reprimido. Es como si nos hubieses pedido que curásemos una herida y luego nos trajeras a un enfermo terminal de cáncer. La única manera de tratar con ese tipo de cosas es quemándolas.

—¿Incluso si eso implica matar al paciente? —Nidhi se dirigió a mí—. Isaac, no lo sabía. Te lo juro. Consulté sus casos. Carl me prometió que estarías a salvo.

—Está bien. —Cerré los ojos y apoyé la cabeza en el hombro de Lena. A una parte de mí no le importaba ahogarse. Quería volver a escuchar el canto de Eufemia, anhelaba regresar a ese lugar de recuerdos y esperanza y deseo, y escapar de un mundo donde los vivos eran esclavizados por los muertos—. Funcionó. Recuerdo su nombre.

—Ahí tienes. —Carl extendió la mano hacia mí, como el gesto de un mago tras un truco triunfal—. Es exactamente lo que querías. Y aquí no ha pasado nada.

Nidhi lo calló con la mirada.

—Este hombre era su paciente, y casi lo matan. —Se agachó junto a mí y me tocó la muñeca para controlarme el pulso. Con más suavidad, agregó—: Además, es de la familia.

Era la primera vez que usaba esa palabra para referirse a mí. Me di vuelta para mirarla, para responderle, pero no me salieron las palabras. Ella tampoco me dio la oportunidad de hablar. Tenía toda la atención y el enojo puestos en Carl.

—Cuando Isaac cayó al agua, nos dijiste que era normal, que ya te había pasado antes.

—A veces las grabaciones no son suficientes —respondió a la defensiva—. Hay pacientes que necesitan un tratamiento de mayor inmersión.

—¿Por qué no estaba eso en tus informes? —Nidhi hizo un gesto atravesando el aire con la mano para interrumpir la respuesta de Carl—. Cuando llegue a casa, voy a revisar todos los informes de pacientes que hayas firmado. Haré un seguimiento de cada una de esas personas. Si encuentro a una sola persona que haya sufrido a causa de tu negligencia, será tu fin.

Carl miró a su esposa por lo bajo y luego refunfuñó:

—¿Quién diablos crees que eres? ¿Crees que el gobierno revocará mi licencia porque te aparezcas con cuentos de hadas sobre canciones mágicas?

—¿Por qué perdería mi tiempo denunciándote ante el gobierno? —replicó Nidhi, tranquila.

—Ya no trabajas para los centinelas —retrucó Carl—. No puedes...

Nidhi continuó como si él no hubiese hablado.

—A lo largo de los años, he trabajado con gente peligrosa y con mucho poder. Los ayudé a superar traumas que nadie debería atravesar. Les enseñé a reconstruir los vínculos que la magia y los secretos habían hecho añicos. Luché por ellos, los ayudé a encontrar esperanza, a mantener su humanidad. —El volumen de su voz bajó aún más—. Y tengo a la mayoría en marcado rápido.

Nunca había visto así a Nidhi. Por su apariencia, era Carl quien se veía como si casi se hubiera ahogado. Tenía los ojos desorbitados y las mejillas pálidas.

—Gracias por tu ayuda. —Nidhi y Lena me ayudaron a ponerme de pie. Nos dirigimos hacia la casa y nos detuvimos el tiempo suficiente para que Lena buscara a Smudge y mi ropa del sauna.

Llegué a la entrada antes de empezar a llorar. Carl me había advertido acerca del anhelo, pero las palabras no llegaban a transmitir la sensación de pérdida. Estaba vacío como si me hubiesen arrebatado a cada uno de mis seres queridos, como si los hubiesen asesinado sin advertencia alguna. Todos los sueños destrozados, todas las pertenencias robadas, todas las esperanzas hechas polvo. Era

ridículo e irracional, y no podía controlarlo de la misma manera en que no podía demorar el atardecer.

Pero perduraba un recuerdo. Entre las lágrimas y el dolor, vi a la mujer que se había burlado de mí aquel día en la arboleda. Vi a quien comandaba el Ejército de Fantasmas, a quien se había llevado a Jeneta. La vi y recordé todo.

*Meridiana.*

